

CAPITULO XLII.

Apénas se asoma el sol
 Por las puertas del Oriente,
 La noche huye de repente
 En vista de su arrebol.
 Asimismo la verdad,
 Mostrando su luz un día,
 Hará huir la hipocresía,
 El error y falsedad.

Versos antiguos.

CUANDO Tresilian atravesó el puente que habia sido el teatro de una diversion tan tumultuosa, no pudo menos de notar que durante su corta ausencia todos los semblantes se habian cambiado de un modo muy singular. Se habia acabado ya el combate burlesco; pero los combatientes, conservando aun sus disfraces, formaban corrillos, como los habitantes de una ciudad cuando estan alborotados con alguna grande noticia.

El patio exterior le ofreció el mismo espectáculo. Los criados, las gentes de la comitiva del conde, y los oficiales subalternos de la casa, estaban reunidos y se hablaban en voz

baja, mirando continuamente ácia las ventanas de la sala grande con misterio é inquietud.

El primer conocido con que topó Tresilian fué sir Nicolas Blount, que, sin darle lugar á hacerle preguntas, le dijo lo siguiente:

— Dios te perdone, Tresilian, tú eres mas á propósito para vegetar en el campo, que para desempeñar el papel de cortesano. ¿ En donde está aquel fervor que conviene á un hombre de la comitiva de su magestad? Te llaman en el castillo, te desean, te aguardan para un asunto que ninguno puede desempeñar por tí, ¿ y te vienes con un mico entre los brazos, como si fueses su nodriza?

— ¡ Como! ¿ que hay pues? dijo Tresilian mientras saltaba á tierra el muchacho, y se apeaba él del caballo.

— Ninguno lo sabe, á fé mia, replicó Blount: no sabemos de que se trata, ni yo mismo lo sé tampoco, aunque tengo tan buenas narices como los demas cortesanos. Lo cierto es que milord de Leicester acaba de atravesar el puente á carrera, como si hubiera querido atropellar á todo el mundo: ha pedido una audiencia á la reina, y está en este momento mismo encerrado con ella, en compañía de Burleigh y Walsingham: te han llamado, y nadie sabe si se trata de alguna traicion, ó de alguna cosa peor todavia.

— Es muy cierto, por vida de sanes, dijo Raleigh que llegaba entónces. Es preciso que se presente vm. al punto á la reina.

— No hay que apresurarse, Raleigh, dijo Blount, no volvamos al cuento de las botas. Vete por Dios á mi cuarto, y ponte mis medias de seda de color de rosa: no las he usado sino dos veces.

— Vamos, respondió Tresilian, querido Blount, cuida de este muchacho, tratale bien, pero que no te se escape, pues importará mucho tal vez tenerle á la mano.

Al decir esto, siguió á Raleigh á toda prisa, dejando á su buen amigo Blount, que los vió alejarse, teniendo al muchacho con una mano, y la brida del caballo con la otra.

— Ninguno me llama para darme parte en estos misterios, y Tresilian me deja plantado aquí con un niño y un caballo. No tengo inconveniente en pasar al otro lado, porque me gustan los buenos caballos; pero ¿tener que cuidar de semejante jímio! ¿De donde vienes, gracioso muchacho?

— De las lagunas.

— ¿Y que has aprendido allí?

— A coger gansos con sus patas anchas y sus medias amarillas.

— ¡Cáspita! dijo Blount mirando las enormes rosetas de sus zapatos. Segun eso, no

será el hijo de mi madre el que te volverá á hacer otras preguntas.

Al mismo tiempo Tresilian atravesó la sala grande de un lado al otro. Estaba llena de corrillos de cortesanos, que hablaban entre ellos admirados y con mucho misterio. Todos tenían la vista inclinada ácia la entrada de la habitacion de la reina. Raleigh se acercó á la puerta, llamó Tresilian, y al punto le diéron entrada. Todos los asistentes alargaban el cuello para poder registrar lo que pasaba dentro del cuarto; pero la alfombra, que cubria la puerta, cayó al momento, dejandolos á todos con un palmo de narices.

Al entrar, Tresilian se halló, no sin alguna turbacion, delante de Isabel. Paseabase ella aprisa, dominada por una violenta agitacion que no procuraba ocultar al parecer, miéntras dos ó tres de sus mas íntimos consejeros se miraban inquietos, y aguardaban, ántes de hablar, que se le hubiese apaciguado la cólera. Delante de la silla poltrona en que habia estado sentada, y que se hallaba en desórden por la violencia con que se habia dejado caer sobre ella, estaba Leicester de rodillas, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando al suelo, inmóvil y mudo como estatua de mausoleo. A su lado se hallaba el lord Shrewsbury, entónces conde

mariscal de Inglaterra, con el baston de su dignidad en la mano. La espada de Leicester estaba delante de él en el suelo.

— ¡Holá, señor! dijo la reina acercandose á Tresilian, y dando una patada con el gesto y ademan del mismo Enrique VIII, vm. conoce á fondo todo este lindo negocio, vm. es cómplice de la decepcion de que somos el juguete; vm., vm. ha sido una de las causas principales de la injusticia que habemos cometido.

Tresilian cayó de rodillas delante de la reina: su buen juicio y discernimiento le hicieron ver el riesgo que habia en querer defenderse en tal momento de irritacion y enojo.

— ¿Eres mudo, Tresilian? continuó la reina. Tú conoces esta intriga, tú la conoces, ¿no es verdad?

— Ignoraba, debo confesarlo á vuestra magestad, respondió Tresilian, ignoraba que aquella pobre dama fuese condesa de Leicester.

— Y nadie la reconocerá como tal, dijo Isabel. ¡Muerte de mi vida (1)! ¿condesa de Leicester!... la señora Amy Dudley, quiero

(1) Tenemos dicho que era habitual en Isabel esta exclamacion, y por eso la traduzco literalmente, segun aquello: *Distingue tempora et concordabis jura.*

(El Traductor español.)

decir.... No será poca su dicha, si no tiene que firmar: la viuda del traidor Roberto Dudley.

— Señora, dijo Leicester, tratadme como gustéis, pero no culpeis en nada á este gentilhombre que se halla enteramente inocente.

— ¿De que le servirá tu intercesion? dijo la reina dejando á Tresilian que se levantó con lentitud, y dirigiendose á Leicester que conservaba aun la misma postura: ¿de que le podrá servir? ó tú dos veces infiel, dos veces perjuro, tú, cuya maldad me ha hecho ridícula á los ojos de mis súbditos, y odiosa á mí misma. Quisiera arrancarme los ojos, para castigar su ceguedad.

Burleigh se atrevió á hablar asi:

— Señora, acuerdese vm. de que es reina, reina de Inglaterra, madre de sus súbditos. No se abandone vm. al torrente de esa cólera impetuosa.

Isabel se volvió ácia él, y se asomaban las lágrimas á sus ojos inflamados de orgullo y rabia.

— Burleigh, le dijo, eres un hombre de estado; tú no comprendes, no, no, tú no puedes comprender cuanta amargura y desprecio ha derramado este hombre sobre mi corazon.

Con la mas grande circunspeccion, con la

veneracion mas profunda, cogió Burleigh la mano de la reina al ver que iba á despedazarse su corazon, y la sacó aparte junto á una ventana separada de los espectadores.

— Señora, dijo, soy ministro, pero no dejo de ser hombre. He envejecido en los consejos de vuestra magestad: no deseo ni puedo desear mas en este mundo que la gloria y la felicidad de Isabel. Calmese vuestra magestad por Dios.

— ¡Ah! Burleigh, dijo Isabel, ¡tú no sabes!.... y se bañaron entónces sus mejillas de lágrimas á pesar de sus esfuerzos.

— Ya lo sé, todo lo sé, mi gloriosa soberana, ¡y cuidado con que otras personas lleguen á sospechar lo que ignoran!

— ¡Ah! dijo Isabel deteniendose como si se hubiesen presentado nuevas ideas á su imaginacion: Burleigh, tienes razon, tienes muchísima razon; todo menos la deshonra, todo menos confesar mi flaqueza, todo menos pasar plaza de chasqueada, despreciada.... ¡Muerte de mi vida! esta idea sola me causa la mayor desesperacion.

— Muestre vm., señora, su valor ordinario, dijo Burleigh, hagase vm. superior á una flaqueza que jamas sospechará ningun Inglés en su Isabel, á no ser que la violencia de sus

pesares lleve hasta el fondo de su pecho un triste convencimiento.

— ¡Que flaqueza, milord! dijo Isabel con orgullo; ¿pretende vm. tambien dar á entender que el favor con que honraba yo á ese traidor orgulloso traia su origen de algun tierno interes? Pero no pudiendo sostener mas largo tiempo el tono altivo que habia tomado, añadió despues: ¿A que fin engañarte, á tí, mi servidor sabio y fiel?

Burleigh se inclinó para besar afectuosamente la mano de Isabel, y ¡cosa rarísima en los anales de las cortes! lágrimas sinceras cayéron de los ojos del ministro sobre la mano de su soberano.

Es probable que la certeza íntima que tenia Isabel de inspirar este interes á Burleigh la ayudó á soportar su mortificacion y á reprimir su escesimo resentimiento; pero la obligó mas á ello todavía el miedo que tenia de descubrir al público, con el esceso de su cólera, la afrenta y la confusion que en su cualidad de muger y de reina deseaba con tal ansia ocultar. Dejó á Burleigh, y se paseó en la sala con gesto severo, hasta que sus facciones hubiéron recobrado su dignidad habitual, y su ademan aquella grandeza que le daba su porte noble y magestuoso.

— Nuestra soberana vuelve á ser la sabia Isabel, dijo Burleigh aparte á Walsingham; observe vm. lo que va á hacer, guardandose bien de replicarla.

Isabel se acercó entónces á Leicester, y dijo con mucha calma:

— Milord Shrewsbury, dejad en libertad á vuestro preso. Milord de Leicester, levántese vm., y ciña su espada. Un cuarto de hora de arresto á disposicion de nuestro mariscal, no creemos, milord, que sea un castigo muy severo de la falsedad de que os habeis hecho culpable para con nuestra persona durante tan largo tiempo. Queremos oír ahora la serie de este asunto.

Sentóse entónces, y dijo:

— Acerquese vm., Tresilian, y díganos lo que sabe.

Tresilian contó su historia con su generosidad natural, suprimiendo en lo posible todo lo que podia perjudicar á Leicester, y pasando en silencio los dos desafíos. Es probable que obrando de este modo hizo al conde un servicio muy señalado; pues si hubiese encontrado la reina en aquel momento alguna ofensa que le hubiera permitido exhalar su cólera contra Leicester, sin manifestar los sentimientos que la humillaban, no lo habría seguramente pasado bien el conde.

Reflexionó algun tiempo cuando Tresilian concluyó su relacion, y dijo despues:

— Ese Wayland quedará á nuestro servicio, y pondrémos al muchacho en una de las plazas de la secretaría, para que aprenda á respetar las cartas en lo sucesivo. En cuanto á vm., Tresilian, ha hecho vm. mal en no comunicarnos toda la verdad, tal como era, y la promesa que habia vm. hecho era imprudente y culpable. Sin embargo, habiendo dado su palabra de honor á esa infeliz señora, era un deber en un hombre, en un caballero, cumplirla fielmente: en suma, merece toda nuestra aprobacion la conducta que ha tenido vm. en este asunto. Milord de Leicester, á vm. toca ahora el decirnos la verdad, aunque hace ya mucho tiempo que no lo acostumbra.

En consecuencia le sonsacó, á fuerza de preguntas, toda la relacion de sus primeras conversaciones con Amy Robsart, su casamiento, sus zelos, los motivos en que los fundaba, y otras muchas particularidades. La confesion de Leicester, pues era una verdadera confesion, le fué arrancada á pedazos; sin embargo era bastante exacta, pues solo omitió enteramente el referir que habia consentido en los proyectos criminales de Varney sobre la vida de la condesa. Esta idea era no obstante la que mas le daba que hacer; y

aunque confiaba en gran parte en la contra-orden positiva que habia enviado con Lambourne, era su intencion ir en persona á Cumnor, despues de haberse despedido de la reina, que, segun él se imaginaba, iba á partir al punto de Kenilworth.

Pero no contaba con la huéspedea. Es verdad que su presencia y sus declaraciones eran hiel y vinagre para la que le habia querido tanto. Pero no pudiendo echar mano de otra venganza mas directa, notó la reina que sus preguntas daban tormento á su infiel amante, y las continuaba con esa mira, sin hacer mas caso de sus propios sufrimientos, que el salvage de sus manos, que queman las tenazas encendidas con que arranca las carnes de su enemigo.

Al fin no obstante el altivo conde, semejante á un ciervo que se vé acosado por los cazadores y los perros, dió á entender que se habia agotado su paciencia.

— Señora, he sido muy culpable, la dijo, mas tal vez de lo que vm. lo ha dicho en medio de su justo enojo; sin embargo, señora, permitame vm. decir que mi delito, si es imperdonable, no ha sido cometido sin provocacion; y que si la hermosura y una dignidad afable son capaces de seducir el débil corazon de un hombre, puedo alegar entrámbos mo-

tivos, que son los que me han determinado á ocultar ese secreto á vuestra magestad.

La reina, al oir semejante respuesta que Leicester tuvo buen cuidado de darle en voz baja, no supo que decir por el pronto, y el conde tuvo la temeridad de proseguir su ventaja.

— Vuestra magestad, que se ha manifestado ya tan indulgente, me permitirá invocar su clemencia real en favor de las espresiones que aun ayer mañana no fuéron miradas sino como una ofensa muy ligera.

La reina enfadada, y mirandole de hito en hito mientras hablaba, le replicó en estos términos:

— Por vida de Dios, milord, tu desfachatez pasa todos los límites, y apura toda mi paciencia; pero de nada servirá. ¡Holá! milores, vengan vms. todos á escuchar una noticia: el casamiento clandestino de milord Leicester me ha privado de un esposo y á la Inglaterra de un rey. Su señoría es enteramente patriarcal en sus gustos; una muger sola no basta para él, y *nos* reservaba el honor de ser su segunda. Ahora pues, ¿no es la mayor insolencia que no haya podido honrarle con algunas pruebas de mi favor, sin que tuviese al punto la presuncion de creer á su disposicion mi mano y mi corona? Vms.,

milores, tienen sin embargo mejor opinion de mí, y me causa este hombre ambicioso la misma compasion que me causaria un niño que viese deshacerse una bola de jabon entre sus manos. Vamos á la sala de recibimiento. Milord de Leicester, os ordenamos seguirnos y hallaros á nuestro lado.

Toda la sala estaba impaciente por querer satisfacer todos su curiosidad; pero ¡cual fué su admiracion, cuando dijo la reina á los que estaban allí cerca!

— Las diversiones de Kenilworth aun no se han agotado, milores y señoras, nos falta celebrar las bodas del noble propietario de este castillo.

Aquí hubo un murmullo general causado por la sorpresa.

— Asi como suena, empeñamos nuestra real palabra, dijo la reina; le ha parecido mejor tener oculto su casamiento, para procurarnos el placer de esta sorpresa. Ya veo que tienen vms. terribles ganas de saber quien es la muger de Leicester: es Amy Robsart, aquella que, para acabar de divertirnos ayer, hizo en la farsa el papel de muger de Varney, su eriado.

— Por amor de Dios, señora, dijo el conde acercandose á ella con la humildad y confusion que se leian en su semblante, y en voz

baja para que ningun otro le oyese, disponed de mi cabeza, ejecutando las amenazas que os ha dictado el enojo, pero suspended esos insultos, no piseis así un gusano que está ya medio muerto.

— ¿Un gusano, milord? dijo la reina, ¿un gusano? decid mas bien una culebra; es un réptil mas noble, y la comparacion será mas exacta. La culebra helada que vm. conoce, y que fué abrigada en el seno de alguna persona....

— Por vuestro amor, señora, por mí mismo, dijo el conde, mientras me resta alguna razon....

— Hable vm. mas alto, milord, dijo Isabel, y sin acercarse tanto, si es posible, que me destroza vm. el peinado. ¿Y que tiene vm. que pedir?

— El permiso, dijo el pobre conde con sumision, de partir al momento para Cumnor.

— Para traer aquí la novia, ¿no es eso? Está muy puesto en razon; pues, segun parece, ha caído la pobrecilla en muy malas manos; pero, milord, no puede vm. ir en persona. Hemos determinado pasar algunos dias en este castillo de Kenilworth, y seria cosa harto incivil privarnos de la presencia de nuestro buen huésped en el poco tiempo que vamos á permanecer en él. Si vm. no lo ha

por enojo, no podemos someternos á semejante afrenta á la vista de nuestros súbditos. Tresilian irá á Cumnor en lugar de vm., y un gentilhombre de nuestra cámara le acompañará, para que milord de Leicester no tenga zelos de su antiguo rival. ¿Quién quieres que te acompañe, Tresilian?

Tresilian pronunció con sumision el nombre de Walter Raleigh.

— Sí, por cierto, dijo la reina, has hecho buena eleccion. Raleigh es un caballero joven, y no será malo que empiece la historia de sus aventuras sacando de un encierro á una hermosa dama. Es preciso que sepan vms., señores y señoras, que Cumnor es propriamente un encierro. Hay allí tambien ciertos malandrines, que quisiéramos ver en nuestro poder muy bien guardados. Señor secretario, enviad una orden de asegurarse de las personas de Ricardo Varney y de Alasco; que los traigan aquí muertos ó vivos; lleven vms. una buena escolta. Señores, conduzcan vms. la dama á Kenilworth con toda decencia sin perder tiempo, y Dios vaya con vms.

Se inclinaron respetuosamente y salieron. ¿Quién podrá describir el modo con que fué empleado el fin de este dia en Kenilworth? La reina que parecia no haberse quedado allí sino con el único objeto de insultar y mortifi-

ficar al conde de Leicester, se mostró tan hábil en emplear todos los medios de usar de la venganza mugeril, como lo era en el arte de gobernar sabiamente sus pueblos. La corte obedeció las intenciones de la soberana, y el señor de Kenilworth sufria, en medio de sus fiestas y en su mismo castillo, la suerte de un cortesano desgraciado, por la tibieza y despego de los amigos que se disponian á abandonarle, y el triunfo de que se gloriaban ya sus enemigos declarados. Sussex, con la franqueza militar que le era característica, Burleigh y Walsingham por su sagacidad y penetracion, y algunas damas guiadas por la compasion que honra y distingue á su sexo, fuéron las únicas personas de aquella corte numerosa que conserváron con Leicester la misma conducta y semblante que habian tenido por la mañana.

Habia estado Leicester tan acostumbrado á considerar el favor de las cortes como el objeto principal de toda su vida, que todos los demas sentimientos se viéron como anegados durante algun tiempo entre los tormentos y aflicciones que causaban á su ánimo orgulloso las repetidas humillaciones y los desprecios estudiados que le acosaban por todas partes. Pero cuando se retiró por la noche á su cuarto, la grande y soberbia trenza de

cabellos, que habia atado la carta de Amy, se ofreció á su vista, y, como la virtud mágica de un talisman, dispartó en su corazon sentimientos mas nobles y dulces. La besó mil veces, y acordandose de que estaba aun en su arbitrio evitar los sufrimientos que acababa de tolerar, retirandose á esta morada magnífica y digna de un príncipe, con la hermosa y tierna compañera que debia hacerle feliz, conocia que podria hacerse superior á la venganza que habia empleado con él Isabel.

De esta manera mostró Leicester el dia siguiente tan noble serenidad de alma, se ocupó de tal modo en obsequiar á sus huéspedes, desentendiendose de su conducta personal para con él, estuvo tan respetuoso con la reina, sufrió con tanta paciencia todos los disgustos que procuraba darle, que Isabel cambió de conducta, y aunque continuó mostrandose tibia y altiva, no volvió á hacerle directamente ninguna afrenta. Dió tambien á entender con aspereza á los que, queriendo adularla, se portaban algo descomedidos con el conde, que mientras permaneciesen en Kenilworth, debian tener con él las consideraciones propias de unos huéspedes con el señor del castillo. En fin, todo cambió de semblante en veinte y cuatro horas, de suerte que los cortesanos mas experimentados y los mas finos,

previendo que era posible que Leicester volviese á verse en favor, arreglaron su conducta de manera que pudiesen alegar un dia como mérito el no haberle abandonado en los momentos de su desgracia. Tiempo es sin embargo de dejar estas intrigas, y seguir en su viage á Tresilian y Raleigh.

Ademas de Wayland tenian con ellos á un gentilhombre de la cámara de la reina, y dos criados robustos. Estaban todos tan bien armados, y viajaban tan aprisa como lo permitia la necesidad de conservar en buen estado los caballos, porque el viage era largo. Procuraron indagar los pasos que habia dado Varney; pero no les fué posible, porque habia caminado de noche.

En una pequeña aldea, á doce leguas de Kenilworth, donde se detuviéron á dar un pienso á los caballos, un pobre eclesiástico, cura del pueblo, salió de una cabaña, y les suplicó que, si acaso alguno de ellos entendia algo de cirugía, acudiese á ver á un hombre gravemente herido.

Wayland, el empirico, se ofreció de buena gana. Mientras le conducia el cura al sitio designado, supo que el herido habia sido encontrado en el camino real, á una milla del pueblo, por los labradores que iban al campo, y que el cura le habia dado asilo en su casa.

Su herida, que procedía de un balazo, era conocidamente mortal. Pero ¿había sido herido en combate singular, ó por los ladrones? eso es lo que no se pudo averiguar, porque tenía una calentura violenta, y no estaba en estado de poder conversar ni poco ni mucho. Wayland entró en un cuarto oscuro, y apenas corrió el cura las cortinas de la cama, cuando vió en las facciones del moribundo la figura de Miguel Lambourne. Con el pretexto de ir á buscar alguna cosa de que necesitaba, Wayland voló á advertir á sus compañeros de viage esta circunstancia extraordinaria; y Tresilian y Raleigh corrieron, con la mayor inquietud, á la habitacion del cura para asistir á los últimos momentos de Lambourne.

El miserable se hallaba entónces con las ansias de la muerte, de la que un cirujano mejor que Wayland no hubiera podido librarle, pues la bala le había atravesado el cuerpo de parte á parte. No había perdido todavía el uso de los sentidos, pues conoció á Tresilian, y le hizo señas de acercarse; lo que en efecto hizo. Despues de algunas voces mal articuladas, en que solo se podian distinguir los nombres de Varney y lady Leicester, Lambourne le dijo que se diese prisa, si no queria llegar tarde. En vano procuró Tresilian obtener del herido otras noticias:

empezó luego á delirar, y habiendo vuelto á hacer señas á Tresilian para que se acercase, solo fué para pedirle que dijese á su tio Gil Gosling, posadero del *Oso negro*, que habia muerto en su cama al cabo y al fin. Una convulsion verificó su profecía un momento despues, y este encuentro solo sirvió para hacer concebir á nuestros viageros, acerca de la suerte de la condesa, los temores vagos que las palabras últimas de Lambourne debian producir naturalmente. Continuaron su camino con la mayor rapidez, requiriendo caballos en nombre de la reina, luego que los suyos se hallaron fatigados y no pudieron caminar mas.

